

ESPAÑA PINTORESCA.



VISTA DE LA VILLA DE ALMODOVAR DEL RIO.



La villa de Almodovar, llamada del rio por su proximidad al Guadalquivir, para distinguirla de otras poblaciones del mismo nombre, está situada á la orilla derecha de éste, en la ladera oriental de un elevado cerro, cuatro leguas al O. S. O. de la ciudad de Córdoba.

El nombre de esta villa es árabe corrompido de *Hisn-madovar*, que segun unos, quiere decir *castillo redondo*; segun otros *fortaleza de las tiendas ó de las saetas*; mas no conviniendo ni á este ni á los demas castillos que así se nombraron en tiempo de los árabes la primera interpretación; siendo demasiado peculiar la segunda, y muy comun y general la tercera, todas nos parecen infundadas; mas sospechamos llamaron así los árabes á todas las fortalezas notables por su posicion ventajosa, pues acaso pueda la denominacion *Hisn-madovar* traducirse por la castellana *castillo seguro ó casa equivalente*, sobre lo cual nos remitimos á los inteligentes en aquel idioma.

Cuando los árabes tomaron á Córdoba, tres millas al Occidente de esta ciudad habia una poblacion llamada *Ségada*, de que hace mencion la obra que lleva el título de *el moro Rasis y el arzobispo D. Rodrigo*; creemos, pues, que esta poblacion, que segun parece estuvo situada en el cortijo nombrado *Villa-rubia*, donde se encuentran ruinas de edificios, debe reducirse á Almodovar; pues fundado su castillo por los árabes, parece probable se fuese poco á poco trasladando la poblacion al sitio de Almodovar, buscando, segun era comun entonces, el abrigo de la fortaleza.

Esta villa permaneció en poder de los moros cuatro años despues de la conquista de Córdoba, habiéndose entregado por pleitesia al santo rey D. Fernando en 1240.

Desde este tiempo estuvo Almodovar sujeta á la jurisdiccion y señorío de Córdoba hasta el año de 1629 en que el rey D. Felipe IV la vendió con la alcaidia del castillo á D. Francisco del Corral y Guzman, caballero del orden de Santiago y señor de la villa de la Reina.

El castillo domina perfectamente la poblacion, pues el cerro en que está situado tiene unos 255 pies de alto,

Segunda série.—Tomo II.

y su núcleo es una grande roca, como se descubre por varias partes, especialmente por la del rio, y la subida es agria y trabajosa. Fue, como ya indicamos, construido por los árabes y reedificado despues de la conquista de la villa, en cuya ocasion fue colocado en el lienzo interior del lado del mediodía el escudo de Castilla y de Leon. Esta fortaleza incluye una plaza en que se encuentra como un almacén subterráneo que algunos han creído ser una mina, y las paredes como de dos aljibes ya cegados. Los muros están casi deruidos.

Desde la esquina situada entre Oriente y mediodía sale un arco como de doce pies de largo y nueve de ancho, por el cual se pasaba á la torre y ahora está horadado en el centro, por lo que no se puede entrar en ella sin peligro de precipitarse. Tiene esta torre de alto 102 pies, y está muy bien conservada en lo exterior, aunque le faltan los cerros de las ventanas y las almenas y garitas, y en lo interior es la que tiene mejores piezas. En la parte inferior tiene un subterráneo en cuya bóveda se ve una argolla de que pende una cadena. Dentro de la plaza hay otras cuatro torres casi arruinadas de menor altura que la primera: tres son esquinadas y una redonda. Parece que aun habia dos mas: de una han quedado dos medios lienzos y la otra ya no existe. La cava ó foso aun se distingue por la parte de Oriente.

Era esta fortaleza tan inexpugnable y famosa en tiempo de los árabes, que el rey Aben Mahomad de Baeza buscando asilo donde refugiarse de los snyos que habian resuelto matarle por la entrega que habia hecho de varias plazas y castillos al rey D. Fernando el santo por los años de 1228, desde Baeza se dirigia á este castillo; pero los suyos que le siguieron ó los cordobeses dieron sobre él antes que llegase y le cortaron la cabeza.

El rey D. Pedro el Cruel tuvo presa en este castillo á Doña Juana de Lara, señora de Vizcaya, mujer de su hermano D. Tello, á la que poco despues mandó quitar la vida en Sevilla. El mismo rey D. Pedro habia elegido esta fortaleza para custodiar sus tesoros.

El rey D. Enrique III, despues de haber tenido pre-

1.º de noviembre de 1460.

so á su tío D. Fadrique, duque de Benavente, hijo natural de su abuelo D. Enrique II y de Doña Leonor Ponce de Leon, en el castillo de Burgos y en Monreal, últimamente le mandó poner en este castillo, donde murió.

Mientras duraban las revueltas ocurridas en Córdoba entre los adictos al rey D. Enrique IV, y los partidarios de su hermano el infante D. Alonso, cuando ya se había conseguido que hubiese entre ellos alguna concordia, el conde de Cabra se apoderó de la fortaleza de Almodovar, desde donde hacia gran daño á la ciudad, y por medio de los caballos de que tenía llena la campiña, impedía el comercio y comunicacion, con cuyo motivo volvió á alborotarse Córdoba, y á cometer sus violencias don Alonso de Aguilar que seguía el partido del infante.

Aunque Almodovar es tenida por poblacion de origen árabe, y no hay noticia de que en su sitio ó contornos la haya habido en tiempo de los romanos, se encuentran sin embargo algunas antigüedades del tiempo de estos en sus inmediaciones que inducen á creer hubo en aquellos lugares alguna poblacion, aunque, como de otras muchas, no haya quedado memoria. Por los años de 1829, en el barrio llamado del Santo por estar allí la ermita de San Sebastian, se encontraron varios sepulcros y en ellos algunas vasijas de barro; mas en uno de ellos, lo que es de notar, hasta una docena de botecitos de vidrio bastante fino como de cuatro pulgadas de alto, cubiertos de un barniz dorado, ya destruido por partes, de figura esférica y con proporcionado cuello, que exhalaban un olor aromático. Todos fueron destruidos hasta no quedar ya mas que uno que tenemos á la vista.

En la casa llamada del Peral, que está en parage bastante elevado de la poblacion, haciendo obra se han hallado varias ánforas de cinco cuartas de alto, muy gruesas y pesadas, de la figura siguiente.



En el sitio llamado el Sotillo, que dista de Almodovar tres cuartos de legua, á la orilla izquierda del rio se encuentran en gran número ánforas sin cocer semejantes á la anterior, por lo que se cree hubo allí alguna alfarería. Tambien se encuentran ánforas de igual clase en el cortijo del Temple, heredad que perteneció á los caballeros templarios.

En el cerro de San Cristobal, que no dista mucho de la poblacion, se encuentra una sala subterránea, que ya con los escombros de sus paredes y tierra que le cae se va cegando: en la posesion del Alamillo, cerca del Higuero, se conserva un pedazo de edificio muy antiguo construido de ladrillo; y finalmente en el sitio llamado San Ildefonso, que ahora es un olivar y encinar que dista medio cuarto de legua al N. N.-E. de Almo-

dovar, se encontró en una ocasión cerca de un arroyo que nace en la misma heredad gran cantidad de sillares y un pavimento de argamasa.

Tales descubrimientos persuaden que por estos sitios hubo poblacion ó poblaciones en tiempo de los romanos, si bien nos queda alguna duda de que las ánforas sean obra de estos ó de los árabes.

Por bajo del castillo y en su ladera oriental se halló el año de 1826 en un cercado de tierra caliza una pieza subterránea con boca ó entrada por la parte superior, la cual estaba tapada con un ánfora y una losa. Dentro de esta pieza, que tenía de hondo mas de doce pies y un pozo á uno de sus lados, se encontró un cadáver con una espada: no hemos podido saber mas circunstancias de este descubrimiento; pero sí que el subterráneo fue macizado con piedras en seguida que lo descubrieron. Este enterramiento pertenece sin duda á tiempos posteriores á la conquista.

El rio, que pasa lamiendo el cerro, á cuya falda está situada la poblacion; las muchas fuentes abundantes de agua que la rodean; la estensa llanura que tiene á su frente por la que se dirige el camino de Córdoba; los azulados montes de la Sierra Morena que se eleva á su lado y de que es un estribo el cerro que la domina; todo esto contribuyé á hacer muy amenos y divertidos los contornos de esta villa.

LUIS MARIA RAMIREZ Y LAS CASAS-DEZA.

ARTES DE IMITACION

MUSICA.



Este arte delicioso, encantador; este arte, cuya poderosa influencia sobre las costumbres no puede ponerse en duda porque la historia escrita y tradicional nos la presenta desde remotos siglos como uno de los medios mas poderosos para inspirar á los hombres el espíritu de sociabilidad; este arte, repetimos, va ocupando rápidamente en España el lugar que de justicia le corresponde, y ha obtenido siempre en todos los pueblos civilizados.

No se entienda por esto que no ha sido cultivada antes de ahora la música en nuestra patria con éxito feliz: lejos de eso podemos presentar comprobantes de la importancia que llegó á adquirir desde principios del siglo XVI entre nosotros, y de su animosa competencia con la música italiana del mismo siglo. Si alguno dudase de esta verdad, bastaría á nuestro propósito citar el nombre soberano de Bartolomé Ramos, natural de Baeza, brado célebre de música en Bolonia despues de haberlo sido en Salamanca, y autor de un tratado de música escrito en lengua latina. Citariamos igualmente á Francisco de Tovar, autor de dos obras en castellano tituladas *Arte de canto llano, contrapunto y de órgano*, y *Entonaciones corregidas segun el uso de los modernos*. Hablaríamos tambien de Diego de Ortiz Toledano, que escribió en lengua italiana *Il primo libro delle glosse sopra le cadense*. Y por último, deteniéndonos á designar nominalmente á cuantos ilustres profesores de música enriquecieron á nuestras catedrales como las de Italia y aun la ron, así nuestras catedrales como las de Italia y aun la capilla pontificia, haríamos mencion de Cristóbal Morales, natural de Sevilla, nombraríamos con él veinte y dos profesores españoles que en el mencionado siglo for-

maban la capilla del Pontífice romano, concluyendo por el nombre de Francisco Salinas, quien sin embargo de haber quedado ciego en su vejez, fué tan prodigioso en la música, que no tuvo igual, tanto en la teoría como en la práctica. Así lo asegura Andrés Scoto, que le conoció, con estas palabras literales: *vin Theoretica, et practica Musica cetera sua parera non habuit*. Este hombre singular compuso siete libros de música, llenos de erudición, de lo mas escogido de los antiguos autores griegos y latinos, impresos en Salamanca en 1577, de cuyo paradero no tenemos noticia. Nuestro Ambrosio de Morales es uno de sus escritos eucarece todavía mas el mérito de Salinas, diciendo haberle visto y oído, y experimentado tambien los maravillosos efectos de su habilidad; porque ora con el canto, ora con el instrumento, de tal manera ensenaba al auditorio, y tan imperiosamente dominaba en sus sensaciones, que á su arbitrio excitaba en ellos ya el llanto, ya la alegría, ya el terror, produciendo los mismos efectos sorprendentes de la música que tanto han encantado los escritores de la antigüedad.

Nunca han faltado tampoco en siglos posteriores maestros eminentes en el arte, cuyo mérito contribuía á aumentar la celebridad de nuestros catedrales; pero aun no habia llegado la época de hacerse vulgar, por decirlo así, la música sublime. Circunscrita á los templos, parecia consagrada únicamente á acompañar, con toda la pompa y solemnidad posibles, las paces que los fieles dirigian al Eterno. El vulgo entonces no acompañaba sus cantinelas populares, ya satíricas, ya amorosas, ya tradicionales, sino con ese género de música festiva y ligera, que si bien patrimonio esclusivo del pueblo, tuvo sin embargo hasta últimos del siglo pasado el privilegio de penetrar en los salones de las clases elevadas. Epoca hemos conocido del siglo presente, en que una guitarra, acompañando los acentos pícaros ó sentimentales de nuestras damas, constituía uno de los principales atractivos de las tertulias españolas.

Mas como en Italia, Alemania, Francia, y generalmente en todos los países de Europa, iba cundiendo el gusto por los espectáculos líricos á medida que las combinaciones armónicas progresaban, fué preciso que España, olvidando sus *tonadillos* y *zarzuelas*, sustitutos de los antiguos *oratorios sacros*, diese tambien cabida en su suelo á esas magnificas composiciones melodramáticas que, con el nombre de *óperas*, absorbían la atención de toda la Europa culta.

Una asociación formada por personajes de alta categoría acometió la empresa de plantear la grande ópera en esta Corte, valiéndose al efecto del teatro llamado de los Caños del Peral, y de compañías que se hacían venir de Italia. Mas los teatros de Madrid, poco á propósito por su reducida capacidad para espectáculos de esa naturaleza, la escasez de recursos en las clases medias para frecuentarlos, y la falta de gusto no cultivado todavía respecto de un género en que el discernimiento y la afición se aumentaban en razon de la multiplicidad de las sensaciones que aquellos despertan, fueron causas bastante poderosas para que la empresa se malograra. A pesar de eso fué necesario que el grito de guerra que en 1808 resonó por toda la Península, acabase de auventar de Madrid la compañía de ópera, de la cual en dicho año era prima-donna la señora Marquesini.

Los sucesos de la guerra de la Independencia produjeron un largo interregno musical, en el que Euterpe permaneció triste y silenciosa; si bien daba algunas señales de vida por medio de las guitarras de que hemos

hecho mencion, ó por alguna de los pocos pianos que entonces adornaban los salones madrileños.

Por fin, cerca del año 1820 aparecieron en la Corte las señoras Morenos, que desde Italia vinieron á renovar las ya olvidadas sensaciones; regresó del mismo punto á depositar en su patria los últimos restos de su habilidad la célebre Lorenza Correa; y por último vino tambien la señora Sala á despertar completamente el gusto por los grandes espectáculos líricos. Desde entonces ese gusto ha prevalecido con mas ó menos fortuna de los empresarios de los teatros; pero influyendo siempre de una manera muy notable en la educación fina y delicada de la juventud de ambos sexos, y en su gusto por la armonía.

El estudio de la música se ha hecho, pues, una parte integrante de la educación; y ha dado margen á que se aumentase el número de profesores de ese arte, así como el sobresaliente mérito que los distingue; porque en los sugetos que se dedican á esa profesion ya no se tolera la humilde medianía. La ópera y los conciertos públicos y privados, que ha bastantes años se disfrutan en Madrid, han asegurado de un modo inalterable el predominio que la música debe tener en todo país civilizado y culto.

Pero no debían de detenerse en esta altura los progresos que la música ha hecho entre nosotros. Era preciso, además, pensar en sacudir, por cuantos medios fueran posibles, la dependencia en que esa misma efición á la música nos colocaba respecto de los extranjeros mas adelantados que nosotros en ella, y de quienes necesariamente habíamos de recibir todos los auxilios indispensables para fomentarla. Este pensamiento grande y eminentemente patriótico dió origen al establecimiento del real Conservatorio de música y declamacion de esta Corte en vida del último monarca.

Allí, reunidos los profesores que mas se han señalado por su indisputable mérito y por su conocida habilidad en el arte, bien conocidos y frecuentemente aplaudidos del público, dieron principio á esa emancipacion artística, por decirlo así, y continúan de la misma suerte, formando artistas muy distinguidos, que ó bien trayendo del extranjero las remuneraciones de su habilidad, ó bien economizando en nuestros teatros las que forzosamente habian de darse á estranjos artistas, hacen cada vez mas verosímil la posibilidad de poder muy en breve gozar de los magníficos espectáculos á que ya estamos acostumbrados, sin necesidad de que para ello salga nuestro numerario de la Península.

Mas no por eso se habría llenado cumplidamente el grandioso objeto de que tratamos, si al propio tiempo que se fundaba una escuela que pudiera llamarse española, no se procuraba tambien establecer los métodos de enseñanza mas apropiados al intento, sin necesidad de mendigarlos de Italia y Francia. Esta base fundamental de una enseñanza artística, que deseamos llamar con toda propiedad española, la hemos visto plantear felizmente por nuestros mas distinguidos profesores de música. Sin detenernos por hoy á hablar de las producciones y métodos de los señores Carnicer, Saldoni, y otros artistas bien conocidos del público, nos fijaremos con particularidad en el *Método completo de piano* que para el Conservatorio de música y declamacion de esta Corte, ha comenzado á publicar D. Pedro Albeniz, profesor en el mismo establecimiento.

Esta obra, de la cual ha salido á luz el primer cuaderno, está fundada sobre el análisis de los mejores métodos de piano conocidos hasta el dia, así como en la comparacion de los diferentes sistemas de ejecucion de

los pianistas mas distinguidos de Europa. El Sr. Albeniz, haciendo suyas las mas escogidas doctrinas de estos, tanto respecto de la teoria como de la práctica del arte, y combiéndolas con las que sus conocimientos y larga experiencia le han suministrado, ha conseguido formar un método, por medio del cual, llevando al discípulo de lo menos á lo mas, de lo sencillo á lo dificultoso, y amenizando de tiempo en tiempo la avidez de los preceptos y la continuidad de los indispensables ejercicios, le pone en disposicion y sin fatigar su ánimo, de llegar á la mas completa ejecucion con inteligencia y seguridad. Es de presumir que el resto de la obra corresponderá en un todo al plan que se manifiesta desde luego en el primer cuaderno.

Acreeador se ha hecho el Sr. Albeniz á todo género de elogios, no tan solo por lo acertado de su método, en el cual ha debido emplear mucho tiempo de penosas tareas para comparar multitud de composiciones, métodos y escuelas diferentes, en distintas épocas y bajo distintos gustos; sino tambien por su desprendimiento en facilitar á todos los amantes de la música, por un precio sumamente módico, una obra en cuya publicacion ha debido emplear cuantiosas sumas. Un cuaderno de 80 páginas en papel de marca mayor, acompañado de una estampa litografiada que representa la verdadera posicion de las manos sobre el teclado: la instruccion teórica preliminar que por lo comun se echa de menos en todos los métodos, excesivamente diminutos en esta parte; 460 ejercicios preparatorios; 30 instructivos sobre las variadas combinaciones del solfeo; y otros 10 ejercicios creativos para desahogo del discípulo en el estudio de los anteriores; y todo esto por 25 rs.: nos ha parecido un precio tan en extremo moderado, que solamente una venta muy afortunada puede recompensar las tareas y desembolsos de su recomendable autor, quien manifiesta bien de llevo que á su interés particular prefiere el mayor lustre de su reputacion artística, los progresos del arte, y sobre todo los de los alumnos del Conservatorio. El vice-protector del mismo establecimiento, en vista del informe honorífico que ha dado la junta facultativa acerca del mérito y ventajas del método del Sr. Albeniz, ha mandado adoptarle por texto en la respectiva clase.

No de otro modo se logra la completa prosperidad de las artes en los pueblos cultos. Creemos por lo tanto que solo falta una época de tranquilidad y de abundancia para que la música llene en España los mismos objetos que en otros países, á saber: recrear el ánimo y acrecentar los intereses materiales.

LAS VAQUILLAS DE SAN ROQUE.



ERAN cuantos vieron la presente de vaquillas que allá en mi lugar (que está en una rinconada de Aragón) hubo en otro tiempo una peste que dix era epidémica, contagiosa, y una porcion de cosas por el estilo. Los hombres morian como chinches, porque los médicos hacian de las suyas, al paso mismo que los boticarios hacian de las agenas, pues convertian sus pocimas en oro, y sin haber hallado la piedra filosofal. Los fieles se daban cada puñada que se hundian las telas del corazon; y otros que en vez de darse allí, se daban un poco mas abajo, se metian los nudillos en la parte inferior del estómago, que sin duda de entonces vino aquello de *hacer de tripas corazon*; y en-

tre tanto la peste *ni por esas...* En esto á uno de ellos le vino á las mentes el nombre de S. Roque; pues á este santo bendito le sucede como á santa Bárbara, que se acuerda de ella la gente cuando truena. Dicen, pues, las crónicas (á que me refiero en caso de necesidad) que luego que principiaron los del pueblo á encomendarse al señor san Roque, al poco tiempo principiaron á venir los gorriones: el color del cielo, que hasta entonces habia sido como plomizo, se trocó en un azul mas claro que el de las sayas que llevan las mozas los dias de fiesta, y principiaron á sentirse otras varias señales de alivio, con lo cual la pobre gente principió á respirar; es decir, los vivos, pues uno de los síntomas mas alarmantes de esta epidemia era, que los que morian de ella dejaban de respirar. Tocábanse, pues, los vivos el cuerpo con las manos, y aun así no querian creer que lo estaban, hasta que desengañándose de que no eran almas en pena, principiaron á volver á sus faenas acostumbradas, ó como diríamos en el dia, se restableció *el statu quo*.

Deseosos, pues, de no parecer ingratos con su santo protector, determinaron obsequiarle anualmente con una misa de tres en ringla, y cuatro con el que sumea, á la cual debian asistir los cabildos eclesiástico y civil de gala con uniforme. Sucedió en esto, como en otras muchas cosas, que habiendo entrado por la iglesia, salieron por el cementerio; pues no bastándoles la funcion de iglesia para desfogar su gratitud, idearon el tener *in honorem tanti festi una vaquillada*, y no digo novillada, porque allí acostumbra correr vacas, pues dia que son mas *luras*.

Esta piadosa y loable costumbre se ha ido perpetuando de generacion en generacion hasta nuestros dias, aunque en estos últimos tiempos ha sufrido algunas interrupciones, pues con motivo de los adelantos del siglo y los progresos de la ilustracion se ha conmutado alguna que otra vez en otra diversion menos feroz que la de las corridas, la cual consiste en molerse á palos entre blancos y negros por via de desahogo, como se desecabran los muchachos en las pedreas de moros y cristianos por via de pasatiempo.

Sucedió, pues, hace algunos años, que los señores concejales, que eran toda gente chapada y amigos de los usos antiguos y pias observancias, determinaron tener su misa de corrida, previas las formalidades de ordenanza.

Para ello bajaron (por supuesto antes habian subido) de la ermita del santo, que está sobre un cerrito que tiene sendas torcas de elevacion, aunque yo no sé cuantas.

Abrian la marcha una turba de escopeteros que giataban la pólvora en salvas, dando pruebas de su mucha agilidad y destreza en el manejo del arma, aunque con el pequeño inconveniente de que alguna que otra izquierda se quedase olvidada en el cañon, y saliese luego entre torbellinos de humo: venian en seguida la gaita y tambor alegrando los aires con una música menos bronca que la de las escopetas, un pendon de siete á ocho varas de alto, y la cofradía con varas y velas. Descollaba en medio de ella la efigie del santo con sus conchas y calabaza, y un sombrero de tres picos mas historiado que el de un estudiante de la tauca: llevaba á derecha é izquierda sus dos edecanes, un angel en actitud de curarle la laga del muslo (por mas señas que habiéndose desencolado de su sitio, hubo que atarlo con vara y media de cinta encarnada á la pierna del santo), y un perro con una enqueta de la tizona, que no de las del tocador. Cerraban la marcha á retaguardia el cabildo eclesiástico y el ayuntamiento: este con todos sus ornatos, y aquel con todos sus ornamentos.

Luego que llegó la comitiva al átrio de la casa de

ayuntamiento, adelantóse hácia su presidente el prioste de la cofradía, empuñando su vara listada de azul y encarnado, sobre la que se ostentaba una pequeña efigie del santo: desembarazóse de su sombrero de rodela, descubriendo su dura cabeza rodeada de un pañuelo de color, por debajo del cual salían sus mal peinadas greñas como salen las vedijás de lana por los desveneciados flancos de un vistoso colchón. Encaróse con el presidente, y con voz turbada y carrasperosa le dirigió una arenga, solicitando su permiso para correr vaquillas.

Perdonen mis lectores si no les doy un traslado de este documento, pues la distancia á que me hallaba, y el sordo murmullo del impaciente auditorio, que lo que menos le importaba era la arenga, impidió el que llegase á mis oídos aquel dechado de elocuencia veterinaria, que apenas en quince días de impropio trabajo pudo traspasar á las mientes del prioste la afanosa diligencia del mariscal compositor.

El resultado fué que el señor presidente, despues de haber hecho como que se dejaba convencer, hizo tambien como que lo aprobaba, dando en señal de ello una cabezada, semejante á las que dan los muchachos sobre el Nebrija. Divulgóse en el acto tan apetecida nueva, y el numeroso concurso, que esperaba ansioso la apetecida aprobacion, prorrumpió en espresivas señales de gozo, arrojando al alto los sombreros, y todavía mas altos los gritos de «viva S. Roque y las vaquillas.»

II.

Serian las nueve y media de la mañana cuando ya toda el pueblo se hallaba reunido en la plaza mayor y sus inmediaciones, esperando por instantes el principio de la funcion.

Los balcones y ventanas se veian poblados de numerosos espectadores; y no siendo suficientes aquellos, rebusaba la gente hasta por los tejados. Otros con ánimos mas hostiles ocupaban el centro de la plaza, ostentando briosos sus allelicas formas, capaces de habérselas mano á mano hasta con los formidables brutos con que iban á luchar. Otros mas precavidos habian construido sus parapetos de vigas entre los postes que sostienen los *portegados* de la plaza para salir desde allí á hostilizar al enemigo, y tener un asilo donde guarecerse en caso de apuro. Todas las boca-calles estaban cortadas con puertas y maderos coronados de una turba de muchacos que, asomando las cabezas y brazos por entre sus claros, remedaban muy al vivo un cuadro del purgatorio. Interin que salian á la plaza los cuadrúpedos, entreteníanse algunos de los fijados en jugar al toro, recibiendo en vez de cornadas cachetes quizá mas formidables. Dieron por fin las diez, y entonces la autoridad se dignó asomar sus vígotes al balcon, con no poca algezára de los impacientes espectadores, y sacando un pañuelo blanco que tenia el doble objeto de servir de señuelo, y conservar la policia en sus respetables varices, hizo con él la señal para principiar.

No bien tremoló en los aires el *suprascripta* pañuelo, cuando ya estaban abiertas de par en par las puertas de la carnicería para dar paso franco á un ternerito *septenario*, que era, por decirlo así, el programa ó prospecto de la funcion.

Nótese de paso, que el ser funcion de vaquillas no excluye para echar algun torito del tenor presente, por supuesto sin bolas ni garambinas, porque eso no se usa entre gente formal; y véase tambien (y valga por segunda amonestacion) en lo que se parecia este novillito septenario á los prospectos y programas, que, sobre ser exagerados por lo comun, rara vez se cumplen exacta-

mente; antes suelen dar gato por liebre, así como en esta ocasion daba la autoridad al público toro por vaca.

Escasamente habia llegado el robusto animal al centro de la plaza, cuando ya llevaba sobre sus costillas mas de dos docenas de garrotezos que le habian regalado los mozos mas valientes del pueblo, los cuales se hallaban formados á la parte exterior del improvisado toril para hacerle este agasajo á la salida. Pero así que llegó al medio de la plaza principió á dar tan buena cuenta de su cuadrúpeda y cornúpeta persona, que la dejó con muy pocos lidiadores. Mas estos pocos supieron volver tan bien por el decoro de la humanidad, que á breve rato se hallaba ya el toro sin gana de fiestas, y ellos todavía con ganas de embromarle: á pesar de eso tenia de cuando en cuando algunas salidas *exabrupto*, que terminaban con *tosabidas* y *batacazos*. Crecia el número de aficionados á la par que menguaban las fuerzas del toro, y ya principiaban otra vez á descargarle sendos estacazos, ó como si dijéramos *á tomar sobre él la iniciativa*, cuando la autoridad mandó que sacaran los *güeyes* para relevarlo, y por evitar que á su vista misma se comitiese un *toricidio*.

Si guiérouse tres ó cuatro vaquillas por el mismo estilo poco mas ó menos; pero como la relacion de sus fechorías seria quizá demasiado pesada y monótona, dejáremos por un momento las vacas para dar una ojeada sobre las *notabilidades* de la plaza. Entre la ligero cuadrilla de lidiadores llamaba especialmente la atencion un joven que parecia reunir la ligereza del gamo, la agilidad de la ardilla, la astucia y serenidad de la raposa. Al ver sus formas áiroas y livianas, su aspecto siempre alegre, sus ojos vivarachos y saltones, fácilmente le marcará cualquiera por oriundo de las márgenes del Turia. Parchear al toro, saltar al trasvuelno, capearlo con un pañuelo, limitándose á un estrecho círculo, todo se lo hallaba hecho con la mayor soltura y destreza; si la vaca acosaba algun indiscreto aficionado, al punto estaba allí para echarle su manta; si sacaban algun *moñaco*, él era el que la empujaba, y citaba la res para que le embistiese, y sacase sus pajizas tripas. La plaza toda resonaba con sus aplausos, y tanto las bellas como las feas tremolaban sus pañuelos en obsequio suyo. Mas de cuatro mozas se mordieron los labios, diciendo interiormente: «¡Ah, si hiciera otra tanto mi chico!» Otras, cuyo corazon se hallaba todavía desequilibrado, hubieran dado una pestaña y la mitad de la otra porque el ágil valenciano se hubiera dignado arrojar sobre ellas una amorosa ojeada. Pero en vano, pues las miradas de *Chirivías* (así llamaban al valenciano) tenian en norte, y este norte era un balcon tercero en uno de los ángulos de la plaza, y en aquel balcon tercero estaba la *Pepita* la *de la Puebla*, una de las mozas mas guarridas que habia en mi pueblo y sus inmediaciones, y que venia á ser la estrella polar de aquel norte, que si no tenia un volcan de Yecla, tenia en cambio el corazon de una Pepa, que valia por un volcan. Pero por mucho que Chirivías la mirase, era mas aun lo que le miraba otro mozo que no apartaba de ella la vista ni un momento; y esta nueva brújula, que se dirigia hácia el norte *Pepil* sin la menor declinacion, era *Rompesquinas*, el mozo mas valiente que bebía en aquel tiempo las aguas del Jiloca, y célebre por sus hercúleas proezas en toda la estension del terreno que bañan con sus ondas el Jalon y el Morubles, el barranco de Rivoia y las solabres aguas del Perejil. Y era mustio y abatido, ni aun siquiera se habia dignado echar una suerte al toro, y arrinconado en un ángulo de la plaza, frente al balcon de la *Pepita*, permanecia embozado hasta los ojos en su doble manta (y no porque hiciese frio), y ocultando su ceñuda frente

bajo los anchos pliegues del pañuelo. Al verle con tan adusto semblante, y apoyado contra un poste, se le hubiera tenido por una de aquellas estatuas hercúlicas que decoran las antiguas fachadas, aparentando sostener sobre sus hombros las columnas de la portada, y lanzar sobre sus miradas sobre los que penetran sus umbrales. El ojo menos perspicaz conociera, en la alteración de su semblante, que alguna pasión violenta le agitaba, y esta pasión era la de los celos que paralizaban sus movimientos, al paso que hacían hervir su sangre con un fuego devorador. Cada aplauso que se daba al valenciano era una flecha que atravesaba su abatido corazón; y cuando le veía dirigir sus obsequios al balcon de en frente, no podía menos de rechinar los dientes de cólera, y temblaba de rabia como un ezogado. Lo de menos hubiera sido el desahucarse de él con una puñada; ¿pero no pudiera eso mismo malquistarle más con el objeto de su rústica ternura?

Tales eran los dos *vice-versas* que por distintas rutas aspiraban á un mismo objeto: si el valenciano llamaba la atención por su movilidad y ligereza, el aragonés atraía la curiosidad por su inercia y quietismo: aquel dotado de formas graciosas y esbeltas, este otro de una musculatura atlética: aquel ágil, este fornido; aquel risueño, este serio: aquel inconstante y voluble, este otro firme y tenaz; y si conforme eran un horchatero y un destripaterones hubieran sido caballeros del siglo XV, aquel hubiera sido el hijo de Almanzor escaramuzando sobre un corcel, blandiendo su corvo alfaque, y adornado de ligera marlota, y este otro el de Macheo de Vargas oprimiendo los lixares de un caballo cubierto de impenetrable barda, maneando la ferrada maza, y cubierto del pesado almete.

Conociendo bien Chirivias el motivo de la inercia y abatimiento de su antagonista, juzgó oportuno aprovecharse de aquella especie de estupor para jugarle á mansalva una *partida serrana*. Corriese ya la quinta res que era una vaca de cinco años vivaracha y ligera, y todavía Rompesquinas permanecía en el mismo estado de inmovilidad: tres ó cuatro veces habían pasado varias reses por junto á él, sin que ni siquiera se moviese, ó bien porque no advirtiera el peligro, ó porque impávido lo despreciara. Entre tanto Chirivias, despues de haber hecho dos ó tres cabriolas delante del balcon de la Pepica para llamarle la atención, le dirigió una mirada como de lidiador que toma la vénta de la autoridad, y encaminándose hácia donde estaba la res, la vitó, y perseguido por ella se dirigió hácia el ángulo donde estaba el mohino Rompesquinas, y al llegar junto á él dió una media vuelta, dejando burlado el animal y casi frente á frente de su desapercibido adversario.

Al oír este el ruido miró en derredor de sí y vióse enteramente perdido, pues no tenía escape: todos los espectadores prorrumpieron en un grito de terror, y también la Pepica dió un alarido, que él distinguió claramente entre los demas, y aquel alarido que penetró hasta lo íntimo de su alma le hizo conocer que todavía abrigaba la Pepica algun interés por él, pues de lo contrario no se asustara por su suerte.

Animado por esta reflexion instantánea, y viendo al terrible animal que ya le embestia, decidióse á una acción desesperada, y despues de arrojarle la manta á los ojos, agarróse á los cuernos de la vaca, y principió con ella un lucha descomunal. Avanzábase entonces un robusto gañan y principió á tirar de la cola de la vaca con toda su fuerza. «Aparta, Pacorro (le dijo Rompesquinas), que quiero habérmelas con ella mano á mano.

—«Ya sabes que Pacorro en jamás te ha dejado solo.» y diciendo esto sacaba una navaja de media vara, abor-

formidable de las fraguas de Ateca; pero antes que pudiera hacer uso de ella, apretando nueva alieta los dientes con toda su rabia, y haciendo un esfuerzo horripalante dió con el animal en tierra, sin *agenas intervenciones*, diciéndole con aire de triunfo:

«¿Entendimiento me ganarás, pero á fuerza no.»

III.

La corrida de la tarde había principiado bajo muy diferentes auspicios, pues la escena había variado enteramente: ya no era Chirivias el que llamaba la atención y arrebatava los aplausos, porque su mala acción había concitado los ánimos en contra suya, y él mismo había dado margen á que le suplantase su competidor; y reinado este con el grito de la Pepica, y la consecuencia que de él sacó le había transformado en otro hombre, y recobrado sus abatidos bríos.

Ademas, el esfuerzo y serenidad que había mostrado en la terrible lucha que había sostenido, había provocado en su favor un interés casi general; así que por donde quiera que iba convidábase la gente *de bota* con el blanco de Cosuenda ó con el tinto de Anidón, segun eran las facultades de los *de botas*. Hasta los *carrutacos* y *mesañoseros*, que aquel día habían trocado el balcon por la plaza, el baston por el garrote, la levita y las batas por las alpergatas y chaquetilla de lienzo, no se desdeñaban de llevarle á su lado, y le prodigaban el amigable título de *vieja*.

Envolentonado Rompesquinas con tantas distinciones se ofrecía á sí mismo haciendo á cada paso prodigios de valor, pues para obligar á un hombre á que sea temerario, no hay mejor medio que prodigarle desmedidos aplausos. Poco faltó para que este arrojó no tuviese funestos resultados.

Habia presenciado la función de la mañana un aprendiz de pastelero, que por tener los pies algo torcidos era conocido con el apodo de *Zambique*. Envidioso de los aplausos que habían conseguido Rompesquinas, Chirivias y otros varios aficionados, ardía en rabiosos deseos de cubrirse de igneas laureas: determinó, pues, tomar en la función una parte activa, y hacer todo lo posible para atraer sobre sí las miradas del público; pero era preciso para ello idear un medio estrepitoso, de modo que suplicasen el arte y la invención, lo que impedían la naturaleza y la falta de habilidad. Suelen decir comunmente que todos los *señalados de la mano de Dios* tienen mucha viveza y prontitud para inventar, con lo cual se suple en parte el defecto de su organizacion: sea de esto lo que quiera, lo cierto es que Zambique ideó en poco tiempo un plan ingenioso á la par que original. Para realizarlo se dirigió á la plaza durante el mediodía, interin que las vacas se consolaban á su modo de las averrias de la mañana; y ayudado de algunos amigos suyos á quienes reveló parte del proyecto, abrió un hoyo á un lado de la plaza, no sin prévio permiso de la autoridad, metieron en seguida dentro de él una gran tinaja que no era de las célebres del Toboso, sino de las mas robustas de Sastrica, las cuales sino tienen tanta fama, al menos tienen mas berriga, y vaya lo uno por lo otro.

Luego que estuvo bien apisonada la tierra de alrededor y nivelado el pieo, de modo que los hordés no sobresaliesen de la superficie del suelo, embutióse en ella el impávido Zambique ni más ni menos que como se mete un conejo casero en el cántaro que le sirve de gazapera.

Desde aquella trinchera acosaba impunemente al toro con una garrocha, y el pobre animal debía admirarse

(si es que los toros se admiran) de que hasta la tierra le pariese enemigos, como lo parió en otro tiempo cuando al señor Cadmo se le antojó el sembrar dientes de zulebra. Sucedió, pues, que habiendo atisbado un toro el objeto estimulante, irritado sin duda de tan baja usadía, arremetió hácia el con tal ímpetu, que faltó poco para que sucediera un desastre, pues apenas le dió tiempo para tirar la garrocha y cubrirse á medias con una tapadera fuerte de madera, que para tales casos tenia al lado.

Pero el toro, que debía sin duda ser gran geómetra, calculó tan bien la distancia, y supo bajar los cuernos tan perfectamente, que de una ropetada arrojó por los aires la tapadera hecha pedruzcos, dejando al pobre Zambique con el agarradero en la mano, agazapado y sin defensa. Mas el toro, ó porque conociese la dificultad de penetrar en aquella sima, ó por no contaminar sus glorias con una victoria desastrosa, se contentó con volver las pesaderas, y tendiendo su cola sobre el espinazo, hizo sobre el vencido cierta cosa, que yo quisiera no tener que indicar ni aun remotamente, en obsequio de la limpieza.

Viendo esto Rompesquinas, y temiendo que el peligro fuese mayor, arrojóse á la defensa del entinasado, que era primo suyo, y como tal le había cosido y respuntado los calzones de pava azul con que campaba en aquel momento.

Pero por esta vez la fortuna no le fue propicia, pues queriendo repetir la suerte de por la mañana, y postrar en tierra al toro para subsanar de este modo la ofensa de su pariente, al querer coger las hastas volvióse el toro, y le dió una pequeña cornada en un brazo: y no fue eso lo peor sino que por evitar una cogida se vió en la precision de arrojarse en la tinaja, con no pequeño detrimento de la limpieza de sus vestidos, que se pusieron cual digan ducios, y aun mas de los huesos de su esturdido pariente, que hubo de experimentar en esto lo que suele acontecer á los que tienen amigos indiscretos, que creyendo favorecer empeoran á un mas la causa de sus clientes.

Este pequeño incidente dió que reír tanto como el de por la mañana habia dado que admirar, pues todos se alegraron de que terminara en sabete lo que pudo ser tragedia. Viendo entonces el señor Presidente que el caballero Febo se despedia ya para ir á ver otras vaquillas en los antipodas, mandó sacar los cabestros que volvieron al toril conduciendo á su compañero como en triunfo; con lo cual se suspendió la sesion hasta nueva orden, para dar tiempo á que refrescase la autoridad, interia que la aristocracia de los halcones tomaba chocolate y agua con bolas, y el pueblo soberano convirtiéndose la plaza en mercedero exprimis hasta la pez de los batillos: es decir, suspendiéronse las vacas para dar lugar á Baco.

IV.

Luego que se concluyó el refresco volvióse á anudar el hilo interrumpido de las vaquillas, sacando á la plaza un ternero de medio año para diversion de los muchachos, y con el plausible objeto de irlos avezando á estas lides: acosado el pequeño animal por aquella diabólica turba, se defendió muy bien por un rato, con perjuicio de los calzones y aun de las pueriles nalgas, hasta que agotadas sus nacientes fuerzas principió á ceder, viéndose lo cual la autoridad y los vivos deseos de los ciudadanos adultos de probar que tal se lidiaba con el compañero, mandó sacar la última vaquilla, que por cierto no era vaquilla, sino un toro mas grande que un triquete, pa-

ra que de este modo ni el principio ni el fin correspondiesen al nombre de la funcion.

Luego que Rompesquinas lo vió en la plaza, deseoso de recobrar el honor comprometido de resultas de la pesada aventura del penúltimo toro, tomó un cuévano que le prestaron en el meson, y salió con Lizarro continente gritando: «al cuévano al cuévano.» Agregósele una turba de hasta dos docenas de mozos, los cuales se abrazaron de la cintura unos detras de otros formando una larga cadena en pos de Rompesquinas. Luego que este vió tan bien cubierta su retaguardia, desprendiéndose de los brazos de Pacorro que le tenia ceñido por la cintura, y se volvió con aire marcial para ver quienes eran aquellos intrépidos que se habían alistado bajo la enseña del cuévano, pues tan enseña era esta como la mejor de los antiguos condes que alzaran pendon y caldera. Pero viendo entre ellos á su competidor Chirivias, alzó la voz y con los ojos centellantes de cólera les dirigió, en vez de arenga, la siguiente orden del día....

«Cualquiera que rompa la trena que pague el vino por otros, y el que no quiera que se vaya mas allá de donde fue el Para Paila.» Amen, gritaron todos, y Pacorro continuó: «Es chicos, el que la haga la paga, y acudido con que nadie suelte ni recule, porque

Tarazona no recula
mas que lo manda la gula.»

Y volviendo á sujetar con sus fornidos brazos la cintura de Rompesquinas, le dijo con cierta expresion de ternura y valor al mismo tiempo: «es maño, vamos andaviendo, que la procesion está detuvia y....» No tuvo tiempo para concluir la frase, pues adivinándoles quizá el toro su pensamiento, determinó ahorrarse el trabajo de buscarla, y se vino para ellos como un cohete. Avanzándose contra aquella columna cerrada, imágen en miniatura de la falange Macedonia, que le recibió con un grito de ánimo empujando con brío para hacerle retroceder: en vano el toro luchaba contra la boca del cuévano, que apoyado en la barriga de Rompesquinas y sostenido por sus nervudos brazos, le obligaba á conservarse á cierta distancia, pero no respetuosa. Retiróse el toro viendo la inutilidad de sus esfuerzos, y tomando otro partido principió á embestir de flanco con no poco trastorno de los que estaban los últimos, que tenían que recorrer un rádio demasiado estenso, para conservarse siempre á retaguardia de Rompesquinas. Este por su parte se afanaba en presentar al toro en cuévano, pues su obligacion era dar siempre la cara al toro para proteger á los que guardaban sus espaldas: con todo no pudo evitar que huyesen los que estaban los últimos, viendo la ostinacion del toro en no atacar de frente sino por el flanco.

Lo peor fue que así que se desbandaron embistió el toro con tanta fuerza, que despues de forcejear por largo rato, abandonado Rompesquinas de todos excepto de su inseparable Pacorro, y debilitado algun tanto su brazo por la herida, aunque pequeña, vinieron ambos al suelo, pero sin soltar el cuévano. Levantóse Rompesquinas rápidamente, y avalanzándose hácia el toro que bregaba por desprenderse de una manta que le habian echado sobre la cabeza, le sacudió con el cuévano tan estupenda portazo sobre los cuernos, que resonó el golpe por todos los ángulos de la plaza.

Atónito el animal con golpe tanto
huye llevando la funesta manta:
condolida la autoridad de su quebranto,
cavfalo al toril, y la sesion levanta.

Entretanto que la gente se ponía en movimiento pronunciándose en retirada, Rompesquinas se dirigió á la taberna llamando con voz imperiosa á los secuaces del cuévano que encontraba al paso. «Vamos á ver, dijo luego que llegó, ¿quién ha sido el primero que ha flojao la trena? y tres ó cuatro voces respondieron á la vez, «yo no he sido, yo no he sido.»

Aura naide habrá sido, replicó Coscorron con ceñudo semblante, y encarándose con Chirivias que era uno de los del «yo no he sido» le dijo con cierto aire brusco: «siempre habrá sido ese maraco.» «Ese ha sido, él ha sido» gritaron varios de los interpelados deseosos de ponerse ellos á cubierto, aun cuando fuera á costa del precepto de «al prójimo contra una esquina.»

En vano trató el pobre Chirivias de sincerarse, alegando pruebas y testigos, pues Rompesquinas dando la cosa por pasada en autoridad de cosa juzgada, le echó encima toda la ley diciéndole con semblante entre ceñudo y maligno: «Quien tal hizo, que tal pague, pues esta fue la palabra que se dió.»

«Eso no consentiré yo, dijo Pacorro, que delante de mí pague dengun forastero.»

«Pues pagará, que no es forastero, pues está domiciliado aquí.»

«Pues no pagará...»

«Por vida de la mina de Daroca que naide me rechte porque si llegó á coger una estepa...»

«Poco á poco, señores, gritó un alguacil introduciéndose en el corro, ya saben VV. que se ha echao bando pa que naide se meta con denguno, ni denguno se meta con naide.»

«Pues entonces, gritaron varios, que diga el menistro quien debe pagar:» y el alguacil dándose un aire de importancia y revisliéndose de toda la autoridad que le daba su nuevo carácter de juez árbitro y compromisario: «creo, dijo, que se debe tener consideracion con Chirivias en razon á la hespitalidad, aunque en rigor sí él soltó él debía pagar, pues la palabra es palabra, y como dice el refran:

al hombre por la asta
y al boey por la palabra.»

V. DE LA F.



EL VALLE DE MI INFANCIA.

A ***

.....
Celui qui, sur la rive, au pied du sycomore
Au murmure des eaux, sous un dais de sapins,
Assis à ses genoux, de l'une à l'autre parure,
N'aurait pour lui parler que l'accent des soupis;

.....
Serait-il un mortel, ou serait-il un dieu?

LAMARTINE.

TORNEMOS, prenda mía,
Tornemos, sí, la huella presurosa
A la enramada umbría,
Dó en auras de ambrosía
Voló la flor de nuestra infancia hermosa.

No mas el mundo quiero,
Ni ese soñar que al ánimo desvela;
Tu dulce amor sincero,
Tu beso lisongero,
Es solo el bien que mi esperanza anhela.

Allí siempre á tu lado
Ceñido el cuello por tus brazos leves,
Suspirando agitado
El pecho enagenado
Cuando tus labios á mis labios llevos;

Mi lánguida mirada
Fija en tus ojos del amor destellos,
Y tu trenza rizada
Muellemente enlazada
En lúbrico tropel con mis cabellos;

Siempre ante ti de hinojos,
Sin respirar mas aura que tu aliento,
Sin mas luz que tus ojos
Siempre en tus labios rojos
Bebiendo amor el corazón sediento;

Irá el alma gozando
Sin que la sed de la ambición la irrite,
Tantas dichas contando
Cuantas el aire blando
Dulces suspiros murmurando agite.

Ay! Vamos, pues, y el día
De nuevo, al remontar su lumbre hermosa,
Nos vea ya, alma mía,
En la floresta umbría
Dó nuestra infancia resbaló amorosa.

Nos vea delirantes,
Libres, mi bien, del mundanal desvelo,
En risas incesantes
Gozando palpitanes
Solos con nuestro amor, en nuestro cielo.

RAMON DE SATORRES.